

*Colección Letras Nebrija*

Cuadernos de alumnos

# Omaha

Juncal Baeza

Monedero

2 0 1 1

## VII CERTAMEN LITERARIO DE RELATO BREVE "ALONSO ZAMORA VICENTE"



**Nebrija**  
*Fundación*



**Trigraphis**  
Comunicación + Gráfica

**VII CERTAMEN  
LITERARIO  
DE RELATO BREVE  
“ALONSO ZAMORA  
VICENTE”**

**2011**

**Omaha**  
PRIMER PREMIO

**Juncal Baeza Monedero**  
Alumna del Grado en Psicología  
Universidad Nacional de Educación a  
Distancia

**Versátil**  
SEGUNDO PREMIO

**Ignacio Barroso Benavente**  
Alumno del Doctorado en Ciencia e  
Ingeniería de Materiales  
Universidad Carlos III de Madrid

**Lendl**  
PREMIO DE MICRORRELATO

**Adrián Blanco Ramos**  
Alumno del Grado en Periodismo  
Universidad Complutense de Madrid

Alumno del Grado en Estudios Ingleses  
Universidad Nacional de Educación a  
Distancia

**Un camino con numerosas  
bifurcaciones**

PREMIO DE MICRORRELATO  
PREUNIVERSITARIO

**Silvia Ramos Bellot**  
Colegio Virgen de Mirasierra (Madrid)



**Nebrija**  
*Fundación*

Universidad Antonio de Nebrija  
© Universidad Antonio de Nebrija, 2011

Organizan:  
Departamento de Lenguas Aplicadas  
Servicio de Biblioteca  
Centro de Estudios Hispánicos  
Departamento de Desarrollo Universitario

Coordinador:  
Rafael Jiménez Pascual

Ilustración y maquetación:  
Santiago Rey Vicario

Servicio de Publicaciones  
Universidad Antonio de Nebrija

ISBN 13: 978-84-88957-60-3  
Depósito legal: M-30415-2011

Impresión: Trigraphis S.L.  
Impreso en España - Printed in Spain



Abrir las puertas al lector que se adentre en la recopilación de los cuentos ganadores de este VII Certamen Literario de Relato Breve Alonso Zamora Vicente es una tarea de cierta responsabilidad. Especialmente si se hace justo en el año en que la Universidad y la Fundación Antonio Nebrija han hecho un homenaje al ilustre lingüista, escritor y humanista que dio nombre al concurso: Alonso Zamora Vicente. No tuve ocasión de conocerlo, porque cuando entré a formar parte de esta universidad ya había fallecido. Sin embargo, los comentarios de muchos de mis compañeros, los muchos textos que he leído de él (que tanto me han ayudado en la clase que imparto de literatura) y las palabras sobre su vida y obra que pronunciaron algunos de sus amigos y estudiosos en el acto de conmemoración, me han permitido configurar una fotografía mental de este buen hombre. Lo puedo imaginar en la Universidad de Madrid, todavía jovencito, recibiendo las clases de Menéndez Pidal, Américo Castro, Pedro Salinas y otros grandes intelectuales y docentes. Se me pone la carne de gallina sólo de pensarlo. También lo veo en su peregrinaje, el que tantos sufrieron, para escapar del caos que dejó la Guerra Civil; no puedo evitar sentir pena, pero ya no sólo por él, sino por lo que fue de este país durante ese periodo gris.

Sin embargo, como más me gusta pensar en él es al lado de esos otros grandes de la literatura, personas a las que conoció y, en algunos casos, con las que intimó: Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Azorín, Pío Baroja, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Camilo José Cela y hasta Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. ¡Vaya lujo! Con tanto personaje, cómo no estar unido hasta la médula al mundo literario.

Pero nunca se sabe, quizá yo también me esté codeando ahora con futuros y reconocidos escritores. No sabemos qué será de Juncal Baeza, primer premio de esta edición del certamen con su relato Omaha o de Ignacio Barroso, que obtuvo el segundo premio con Versátil, de Adrián Blanco ganador de la modalidad de microrrelato con Lendl o de la joven Silvia Ramos que ganó la modalidad de microrrelato preuniversitario con Un camino con numerosas bifurcaciones. Quizá su carrera literaria se ha abierto con este concurso. Quizá el mañana nos sorprenda siendo parte de la historia de algún gran literato.

Pero ese es un trayecto incierto, de trabajo, esfuerzo y, en algunos casos, pocas compensaciones. De reconocimientos, pero también de fracasos. Por ello, Alonso Zamora Vicente debe ser un ejemplo a seguir. Porque ha sido un luchador incansable, no como el protagonista de una imagen, pero sí como la parte sustancial de la composición fotográfica. La unión de ahínco, humildad y talento son dignos de imitación. Por eso sólo me resta imaginarlo sonriendo y deleitado con la lectura de esta séptima edición, que espero que a usted, amable lector, también le lleve por los caminos del disfrute.

D. Ramón Ortega III

Miembro del Jurado del Certamen Literario  
de Relato Breve Alonso Zamora Vicente



VII CERTAMEN LITERARIO  
DE RELATO BREVE  
“ALONSO ZAMORA VICENTE”  
2011

Omaha

PRIMER PREMIO

Juncal Baeza Monedero  
Alumna del Grado en Psicología  
Universidad Nacional de Educación a Distancia

***Si algún día escapases de la justicia*** –me decías-, y yo te miraba atónito, entre orgulloso y asombrado por la locura de tus once años, ***y tuvieras que esconderte, pero necesitases que yo, solamente yo, te encontrase para ayudarte, ¿a dónde irías?***

Cuando llegué no encontré rastro de ti en la arena. Me detuve un momento, sorprendido al darme cuenta de que, por algún motivo, había creído que tú llegarías antes. Pero no estabas. Si fuese sincero del todo, te confesaría que busqué enseguida un lugar donde sentarme, sin mirar demasiado bien por detrás de las dunas por si descubría tu perfil pelirrojo. En el fondo, creo que tenía miedo de mirarte de nuevo.

La playa era idéntica a la imagen que tenía guardada de ella en mi mente. A la de los libros -aunque mucho más nueva-, y a la del eco de las historias que veíamos hace tantos años sin descanso y que te despojaban del sueño tan rápido. Pensé, en ese instante, que era imposible que te perdistes esta vista, que no llegases a sentir el olor de la sal enredándose en el pelo, o

las gotas de niebla resbalando por las gafas. Estaba seguro de que vendrías, a pesar de todo.

Era tan temprano que aún me parecía percibir entre las vértebras los saltos abruptos del tren en que pasé las últimas horas desde mi casa hasta aquí; el viaje había sido largo y la muda destemplanza del día –trepándome silenciosa desde las muñecas hasta los hombros- me hizo anhelar el chirrido del carrito del café y los nudillos de la camarera golpeando el cristal del compartimento que me trajo bamboleante hasta aquí. Sé que miraba el sol –o su diminuta rendija asomando allí lejos, en la cresta de las últimas olas grises- y pensaba en la carta y en ti, en los años transcurridos y en la sensación de que fuese demasiado tarde ya para encontrarte. ¿Lo es?

Hundí mis pies en la arena un poco más, y observé cómo los diminutos granos grises se colaban por los agujeros de los cordones hasta humedecerme los calcetines. Enterré las pantorrillas también, ayudándome de las manos, pensando en construir una especie de manta arenosa que me cubriese, pero sólo me sirvió para sentir más frío. La arena de la playa está completamente helada cuando escarbas un poco. Y sobre todo cuando es febrero, como hoy.

Solamente cuando, pasadas unas horas y con el sol ya hiriéndome los ojos débilmente, me convencí de que no habías llegado aún –seguro que faltaba muy poco para verte cruzar el límite de la última duna, seguro-respiré hondo, me froté una mano contra otra, con energía, con furia, y empecé a esperarte de veras.

No tardé mucho en sentir los oídos llenos de la brisa que serpenteaba por la playa, y el silencio alrededor comenzó a pesarme sobre los hombros. Las playas me parecen los lugares donde uno puede sentirse más solo. Será

el eco infinito que no puede romper contra ningún obstáculo, o lo plumizo que se vuelve el aire cuando va a estallar una tormenta sobre las olas. El caso es que aquí, en Omaha, percibí la ondulada crispación de mi soledad, y no pude consolarla ni siquiera paseando mi mirada por la superficie de las dunas, o lanzándola como si fuera un anzuelo a las corrientes del mar.

En ese momento necesité recordar cuál era la razón que me había traído hasta aquí, y por qué éste era el lugar escogido. Cerré los ojos con fuerza, respirando profundamente como si así pudiese retroceder en el tiempo y convertir esta playa en el escenario que atrajo nuestra atención durante toda la infancia. Pensé en las largas tardes mirando el documental, con la televisión colocada sobre la alfombra. Y cuando despegué los párpados, mágicamente, el desembarco alejó la soledad de esta playa.

El murmullo me fue envolviendo lentamente. Al principio pensé en un aleteo, la leve vibración de unas finas membranas muy próximas a mi oído. Permanecí alerta, escuchando, con la mirada fija en la espuma crujiente que lamía la arena, y con el estupor de quien hace tiempo que no ve una imagen pero la recuerda y ansía traerla, convertirla en un escenario palpable en esta playa con eco. El sonido crecía ascendiendo sus rugidos al cielo, hasta que esas alas en mi imaginación se convirtieron en fuertes aspas, girando frenéticas y cortando el aire.

Decenas de avionetas de exploración se irguieron como gigantes a mi espalda, con sus motores acuchillando el silencio, impasibles.

Miré a mi derecha, en el lugar donde siempre te colocabas tú cuando estábamos en casa, en el sofá o en el suelo -tapado hasta la barbilla con la manta-; te imaginé allí mismo y pude sentirte a la perfección, sacando solamente dos dedos del calor de estar a cubierto, para taparte los oídos.

Yo entonces siempre te decía **“puedo ponerlo más bajo”**, y me acercaba a coger el mando de la televisión, pero tú, detenías mi avance con los pies y sin responderme nada. Seguías escuchando a los helicópteros abriendo mucho los ojos.

Omaha es idéntica a lo que veíamos. Lo verás tú mismo cuando llegues, pero yo, que estoy aquí desde hace un rato, siento la misma quietud inestable que hace presagiar que algo grande sucederá aquí, en esta misma orilla. ¿Recuerdas qué sucedía entonces, en el documental, qué movimientos se encadenaban al rugido de las avionetas?

Entonces, allá lejos, empezaba a brotar el susurro incesante de los primeros saltos al agua y el brillo de las primeras redondeces plateadas de los cascos; casi me parece poder verlos ahora, avanzando con los ojos entrecerrados y las olas grises a la altura de los muslos. Si los vieras tú también, seguro que tratarías de distinguir a tu soldado escogido, a aquél que aparecía en la pantalla justo por el lado izquierdo -grabado desde su espalda, para verlo saltar del barco y comenzar a correr hacia los primeros montículos de arena-, como si fuera un insecto surcando la playa. Querías seguirlo con la mirada para entender su historia, así me decías, para saber si era él uno de los pocos que se salvaba o si terminaba alimentando a los anélidos transparentes que se ocultan bajo la arena de las playas.

Acordándome de ti, yo también lo busco; pero eso sí, desde este lugar donde me encuentro, con la frente dirigida al mar y a las quillas de los barcos, sé que es en la derecha donde debo encontrarlo, y arrugo los párpados paseando la mirada con rapidez, saltando como empujado por las culatas de los rifles en el violento retroceso de los estallidos de las balas.

Lo he visto, créeme, lo he encontrado agazapado detrás de un compañero, avanzando con la cabeza baja, para no ofrecer su cuerpo al enemigo, sin vacilar, hundiendo las botas primero en el agua, y ahora ya en la arena,

avanzando a pesar del miedo y de la sordera recién estrenada por los disparos.

No puedo perderlo de vista, porque si lo hago, no podré contarte a ti –cuando llegues (seguro que debes estar a punto ya) la noche va a caer dentro de poco sobre estas dunas- qué fue de tu soldado. En el fragor de los disparos reconozco perfectamente la intensidad aplastada de sus hombros, y ahora echa a correr, con su arma colocada en posición de firmes a su lado derecho, para poder avanzar más rápido. Salta, por encima de los obstáculos en que se han convertido los demás, y se transforma en una flecha con el casco bamboleante. Atraviesa lo peor y, justo ante mis ojos, le veo sortear la última duna, ya por detrás del fuego cruzado, y seguir corriendo con la espalda más alta. Con un poco menos de miedo a cuestras.

No sé por qué pienso que, si él se ha salvado, eso significa que vas a venir a encontrarte conmigo, aunque hayan pasado casi veinte años y millones de llamadas que ninguno de los dos nos atrevimos a hacer. Si el triste paraíso que nos parecía Omaha en los documentales, no es el nexo que puede arrancar todo ese silencio de en medio, ¿qué lo podrá ser?

Ahora, sentado aquí, cuando las sombras de las lejanas edificaciones se han alargado hasta convertirse en puntas afiladas señalándome, me vienen a la mente las anécdotas de tu vida que he inventado en estos años. Al principio, simplemente para contarle a mamá que te iba bien, que estabas contento. Pero después lo hice más para mí, porque era una manera de acercarte al camino que yo iba trazándome. Para verte, aunque fuera de lejos.

Inventé que la carrera que escogiste había sido el acierto más grande de tu vida, que justo te colocó en el lugar donde querías estar. Que vivías lejos pero tu casa era enorme, con marcos de madera en las ventanas y

una chimenea, de esas típicas americanas, en la mitad del salón. Le decía a mamá que no podíais hablar porque desde tu casa sólo tenías acceso al correo electrónico, que era una cosa que a ella le sonaba a algo venido de muy lejos, y no se detenía a preguntar mucho más. Me quitaba de las manos el papel impreso desde donde yo te leía –donde inventaba tu vida- y lo archivaba en una carpeta en el mueble del recibidor.

No creas que he llegado a entender tu necesidad de irte. Siempre pensé que hay muchas formas de sentirse independiente. O que la nostalgia puede más que cualquier otro sentimiento y, a fin de cuentas, tu casa estaba en la Ronda de Toledo, y sería allí donde quisieses volver algún día. A lo mejor te has arrepentido de haberte pensado un individuo sin orígenes; o a lo mejor eres verdaderamente feliz habiéndote olvidado de todo. Si fuese verdad esto, te aseguro que sería esta segunda opción la que conseguiría hacerme dormir por las noches sin sentir una pesa hirviendo justo aquí, en mitad de la garganta.

Aún así, hace dos semanas, empaquetando las cosas de mamá y papá en casa, tropecé con el documental. Ya no tenía mucho sentido que permanecieran intactas las hileras de libros en las estanterías, ni que se estropease la ropa dentro de los armarios, como esperando a ser arrancada con prisa de las perchas, para salir corriendo a por el pan, o al teatro. Las cajas de cartón sembradas por los pasillos de casa convirtieron todas las despedidas –para mí, y de ahora en adelante- en escenarios pálidos con olor a papel reestructurado varias veces.

Vi el documental de nuevo. Y tomé la decisión de olvidarme también del pasado, y de mutilar los interrogantes que han venido surcando mis días de inquietud desde que te marchaste. No me busca la justicia, no hay de qué preocuparse. Tal vez esto surja porque me estoy haciendo viejo, porque me asusta atravesar este último tramo de vida sin tenerte cerca,

porque me acompañaste de niño o porque, al mismo tiempo que yo, te volvieron loco el rock, las montañas y los libros.

Giro la cabeza en la playa y vuelvo a concentrarme en lo que mi mente está recreando aquí. Quedan pocos soldados ya en la playa. Este día inolvidable, que será relatado una y otra vez durante generaciones, ha durado un segundo apenas estando aquí. Ojalá a los soldados les pareciese también un tiempo tan corto. Los barcos yacen abandonados como dominados por tripulaciones fantasmas. Se oyen, aquí y allá, algunos lamentos sordos, como si proviniesen del interior de caracolas humanas, y breves movimientos rompen la quietud de un atardecer desolado en la orilla. Una mano se alza, casi contra el telón de olas ínfimas de la bajamar, y desciende otra vez, abruptamente, como desprendida de lo alto de un acantilado. Los victoriosos hace rato que han dejado atrás el murmullo apagado de las voces del resto, y ya no distingo ninguna silueta correr y alejarse de aquí para reagruparse un tanto más lejos.

El día entero, acumulado el frío y la humedad del mar en el espacio entre mis vértebras, me obliga a girar el cuello y darme la vuelta. Necesito verte llegar, da igual cómo. No importa si tu vida ha sido tal y como yo imaginé, o un poquito peor. Lo importante es Omaha, y las victorias pequeñas que tenemos por delante.

*...si necesitases que yo, solamente yo, te encontrase para poder ayudarte, ¿a dónde irías?...*

Si no hubieses recibido la carta, yo lo sabría. Sé que la incomodidad de un plan fracasado se habría convertido en un ave negra, y estaría volando ahora mismo justo aquí, alrededor de mi pecho. La escribí sin prisa. Tardé varios días en garabatear esas diez líneas en una hoja de cuaderno amari-

lleada. No sabía cuántas cosas debería poner para que tú, al leerlas, creyese que era buena idea meter tus bártulos en una maleta y venir hasta aquí. Así que no puse apenas nada.

Me temblaron un poco las piernas cuando me adentré en el portal, esperando que la última dirección que descubrí a tu nombre fuese la definitiva –o, por lo menos, lo hubiese sido hasta ese 17 de febrero-. Deslicé el sobre por debajo de la puerta y en ningún momento pensé en pulsar el timbre; si tu habías decidido marcharte, quién era yo para obligarte a reencontrarte de nuevo con mi rostro, a verte reflejado en los pliegues alrededor de los ojos que ya debes tener tu también, a pesar de ser el pequeño.

Me alejé de allí y no miré atrás en ningún momento. Ni siquiera sentí la tentación de alzar los ojos a la fachada para ver si te asomabas por detrás de una cortina. Ya tenía mi maleta en casa, esperando verme llegar con el billete de tren en el bolsillo de dentro de la chaqueta.

Se ha hecho de noche ya en la playa. Has debido perder el último tren desde tu ciudad. O quizá vienes en avión y te han retrasado el vuelo, cosas de esas pasan siempre. No te preocupes, yo iba a venir a Omaha fuese o no a encontrarte aquí, en la playa gris de los documentales, colmada de frío.

Mañana temprano, podrás encontrarme exactamente en este mismo punto. No tengo prisa. He venido aquí porque necesito que me encuentres.

Abro la puerta y me golpea el olor de la bolsa de basura que me dio demasiada pereza bajar ayer. Hace un frío imposible de soportar estos días. Por las mañanas, cuando salgo hacia el trabajo y la ciudad está todavía quieta y gris, camino hacia el coche levantando estrías de hielo de los escaparates.

Enciendo el aparato de música y escucho un momento –inmóvil, de pie junto al sofá- los versos retorcidos que crujen bajo la voz de *Patti Smith*. No paro de escucharla cuando es invierno y parece que una balsa de plomo ha venido a cubrir el cielo. *We drank all night together and you began to cry so recklessly.*

Solo al caminar hacia el perchero para colgar el abrigo desmadejado veo el sobre. Con la sorpresa de quien no recibe nunca demasiado, me agacho a recogerlo. Creo saber de quién es pero tengo miedo a equivocarme, así que no miro el remitente. Me lo llevo incrustado en el bolsillo trasero del pantalón, y lo paseo por casa mientras coloco la cafetera sobre el fuego y me quito los zapatos de todos los días.

No paro de pensar en la última vez que me sentí invencible. Uno nunca lo es, pero entonces no lo sabía, y estaba seguro de que las decisiones incorrectas corresponderían siempre a otros, que no sería yo –nunca yo- quien las tomase. Estaba en la Universidad Antonio de Nebrija y tenía la convicción total de que mi futuro sería exactamente igual a lo que esperaba de él. Creía haber soltado un lastre al alejarme de todo, y en momentos concretos llegaba a sentirme orgulloso de la autonomía que me había procurado. Estudiaba mucho, y dedicaba gran parte de mi tiempo a mejorar mis capacidades, para poder llegar lejos, aún más lejos. El sueño se rompió cuando se fue ella y me di cuenta de que era la única persona con quien contaba ya.

Aún así, en la penumbra de una casa repentinamente hueca, no fue en ella en quien pensé. Lo hice, pero como quien tiene todavía en la boca el recuerdo de un sabor muy lejano, como si ella fuese ya solamente un brillo diminuto en algún punto indefinido a lo largo de mi cuello. Es del resto de quien me acordé: de mis padres, o más bien, de la minúscula mano de mi madre diciéndome adiós en la puerta de casa, cuando era otoño y yo me iba y ella todavía no sabía que no pensaba volver. De los christmas navideños de mi padre, con el texto idéntico de veinte años escribiendo también a sus compañeros de mili, pero con un *“tu madre te echa de menos”* añadido en la posdata, que no era de mi madre sino suyo, aunque nunca fuera a admitirlo.

Y de mi hermano. Sobre todo de él, del último viaje que hicimos juntos en coche hasta el sur de Francia. Recuerdo que tuvimos tiempo de contar-nos todo lo que hacía falta mientras serpenteábamos por las carreteras del norte. Y que nos compramos un libro de fotos de paisajes, al que después tuvimos que arrancar unas cuantas páginas para hacer una pequeña fogata al borde de la carretera cuando no encontramos dónde dormir.

Es como si, al irse ella, no hubiera conseguido sino colocarme los recuerdos de mi hermano que tenía almacenados por detrás de las cuencas de los ojos, en una habitación iluminada del todo.

El pitido de la cafetera acompaña a *Patti* en el último verso. *Please, dont take my hope away from me.*

Fuera, los rótulos de los bares arrojan sus brillos de neón sobre los charcos de la calzada, y si tratase de distinguir el final de la calle desde la ventana, vería estrecharse sus aceras como distorsionadas por un espejo, hasta ser engullidos sus extremos por la densa niebla.

Con el café en la mano me siento una persona nueva, acaso más fuerte, y me empeño en beberlo aunque me queme un poco en los labios. Cuando tomo café –o mientras me dura su calor amargo dentro del cuerpo- decido que quiero cambiar mi vida. Esto es, entonces, unas tres veces al día. Pero a la mañana siguiente suena el despertador y no me acuerdo de ninguna fortaleza, y si me preguntasen entre el vapor del agua de la ducha, *qué hiciste ayer*, habría respondido, *nada, lo mismo de siempre.*

Cuando me siento en el sofá, esta vez de verdad, espero que algo cambie. Las noches parecen más oscuras en este punto de la ciudad, no basta una lámpara para eliminar el soslayo de los rincones de casa. Me acerco al flexo de la mesita, casi colocando la cabeza por debajo del haz de luz que desprende, y saco el sobre de mi bolsillo.

Es suyo.

Me tiemblan un poco las manos al rasgar el cierre, saco la carta, y leo.

VII CERTAMEN LITERARIO  
DE RELATO BREVE  
“ALONSO ZAMORA VICENTE”  
2011

Versátil

SEGUNDO PREMIO

Ignacio Barroso Benavente  
Alumno del Doctorado en Ciencia e Ingeniería de Materiales  
Universidad Carlos III de Madrid

Llovía. El día amaneció con el mismo cielo encapotado con el que la noche había desplegado sus negras alas sobre la ciudad. Una fina y continua cortina de agua difuminaba todo a su alrededor. Los edificios, los coches, y demás elementos que constituían la jungla de hormigón y cables urbanos, aparecían difuminados como tenues pinceladas en el lienzo de un pintor bohemio del *Montmartre* del siglo XIX al otro lado de la ventana de mi habitación.

Una idea rondaba por mi cabeza, con la pereza y el cansancio que las horas de vigilia se habían encargado de plasmar en las profundas ojeras que rodeaban mis somnolientos ojos, ¿por dónde empezar a investigar el caso que me habían asignado hacía dos días? Laura Arjona, alumna modélica de la *Universidad Antonio de Nebrija*, había desaparecido sin dejar rastro. Sus compañeros, familiares y conocidos, se referían a ella como una chica normal. Amiga de sus amigos. Aplicada en los estudios. Voluntaria en un albergue de animales abandonados. Soñadora y, ésta era la información que más me aterraba, con muchas ganas de vivir. Llevo varios años en el *Cuerpo Nacional de Policía*, y ese tipo de frases siempre suelen conducir a algo aterrador. Normalmente cuando una persona con ansias de vivir la vida, disfrutar cada momento como si fuese el último, desaparece de

la noche a la mañana, suele acabar en el arcón frigorífico del depósito de cadáveres a la espera de que algún familiar identifique el cadáver. Las causas suelen ser variadas. Un exceso de confianza al salir de una fiesta puede hacer que la víctima confíe en el desconocido que acaba de presentarse y, tras un par de negativas, acabe por acceder a la invitación de tomar la última copa en su casa. Una doble vida que, por muy novelesco que parezca, suele encajar en los perfiles de adolescentes ejemplares cansados de rozar la perfección en cada uno de sus actos. Amistades equivocadas. Desgracias. Un galimatías oculto bajo una apariencia de lo más normal, que tarde o temprano acababa por salir a la luz.

El caso Laura Arjona, 19 años, estudiante de la doble titulación *Periodismo y Comunicación Audiovisual*, popular entre el alumnado y los profesores de las asignaturas que cursaba, en un principio constituía un reto más. Otro peldaño en la vida profesional al que me enfrentaba. Había pasado toda la noche revisando la escasa información de la que disponíamos hasta ese momento. Redes sociales. Publicaciones en varios blogs, y todo cuanto las personas a las que interrogamos pudieron decirnos. Nada parecía alumbrar entre las tinieblas que rodeaban su *vaporización*, hablando en términos *orwellianos*. Ningún enemigo reconocido. Su comportamiento en los días previos a su desaparición había sido normal. Nadie la había visto comportarse de una manera extraña. No estaba nerviosa ni alterada. No solía salir de fiesta, ni tenía amigos con adicción alguna conocida. Los movimientos en su cuenta corriente revelaban que en los últimos meses únicamente había pagado el alquiler del piso a su casero, un gentil anciano que en todo momento se mostró dispuesto a colaborar en cuanto estuviera en su mano, las facturas del móvil y las compras típicas en un supermercado cercano. Por extraño que resultase, al parecer, no acostumbraba a sacar dinero en efectivo en ningún cajero. Todo lo pagaba con tarjeta, ya fuese un mocca blanco en un Starbucks, o los cerca de quinientos euros que le costó el ordenador portátil que, junto a ella, en esos momentos estaba en paradero desconocido.

Mi mente, distorsionada por mis *holmesianas* teorías, lo primero en que recayó fue en ese detalle: nunca pagaba nada en efectivo, siempre usa-

ba una tarjeta de crédito. Tal vez se dedique al menudeo de droga, o algún otro tipo de servicio que se cobre bajo cuerda, y así evita sacar dinero de su cuenta, pensé. Ideas éstas, por otro lado, que si bien podían ser ciertas, pronto cayeron por su propio peso. Yo mismo, en mis tiempos mozos, cuando no tenía donde caerme muerto solía comportarme de manera similar. Pagando siempre con tarjeta era la única manera que tenía de controlar mis gastos, y evitar el comportarme como el manirroto que he acabado siendo con los años.

Visto que ese tipo de razonamiento me cerraba más puertas de las que en verdad abría, opté por otra vía de investigación. No hacía mucho se había comprado un ordenador portátil, así que cabía la posibilidad de rastrearla a través de su actividad en las redes sociales que tenía abiertas. No era gran cosa, pero viendo si daba señales de vida en la red, bastaría con localizar bien la dirección IP o la red wifi desde la que accedía, para acotar su zona de acción. No era gran cosa. Mejor habría sido que llevase consigo su *Blackberry* último modelo, pero no era el caso. Lo único que quedaba era esperar, y revisar sus últimas llamadas. Tampoco con esto tuvimos mucha suerte, salvo un mensaje recibido a los pocos días de que la buena de Laura Arjona pasase al anonimato. Un número que la desaparecida no tenía en la agenda, nos invitaba a los policías encargados de seguir su pista a encontrarnos en la cafetería de la facultad en que ella estudiaba aquella misma tarde.

Sin dudarlo un instante montamos un dispositivo apresurado. Agentes inexpertos ocupando puestos de importancia. Faltaba personal, pero no había demasiado tiempo para elaborar algo mejor.

A la hora prevista, en el lugar señalado por nuestro anónimo confidente, me presenté con la placa de policía bastante a la vista. Cuatro compañeros vestidos de paisano fingían pasar la tarde entre tazas de café y latas de *Coca-cola*. El tiempo pasaba, y nadie se acercaba a mí. Los agentes encargados de seguir la pista del número que nos había citado, nos habían informado que se correspondía con un teléfono público de la facultad, algo

que si bien era previsible, no nos permitía saber hacia dónde seguir en la investigación.

Media hora más tarde, cuando nuestros ánimos se habían ido disipando como el humo de un cohete a medida que éste gana altura en el firmamento, una muchacha pasó a mi lado. Yo fingí seguir leyendo el periódico, sin perderla de vista, si bien en ningún momento pude verla el rostro entre el gentío que nos rodeaba. Era la única persona que se había acercado a mi lado durante toda la tarde, y algo en mi interior me decía que era nuestra misteriosa voz confidente.

Al llegar a mi altura deslizó una hoja de papel pulcramente doblado en cuatro pliegues, y desapareció sin más. Simplemente hizo eso, dejar una nota a mi lado y desaparecer antes de que pudiésemos darnos cuenta de ello.

-¡Cómo es posible que cinco policías no se hayan fijado en quién dejaba la jodida nota en la mesa!- exclamó el comisario Orellana horas después en comisaría.

Las excusas que mis compañeros y yo formulábamos eran papel mojado. No caímos en su presencia hasta que se giró y desapareció a toda prisa. Era morena, pelo liso. Alta y delgada. Llevaba una minifalda vaquera, medias verdes, botas de agua rojas y un jersey del mismo color. Datos que para nada servían en el caso que teníamos entre manos, ni mucho menos para calmar nuestra conciencia.

- ¡Por no hablar del disparate de nota que les entregó!- volvió a tronar el comisario. Sus voces resonaban en los altos techos de su despacho, volviendo una y otra vez contra nosotros, de la misma manera que el remordimiento se ceba con el chiquillo travieso al que le han pillado en una falta- “Laura Arjona ha desaparecido por su propia voluntad. No gasten energía ni efectivos en buscarla, porque únicamente aparecerá cuando ella quiera”- leyó desdoblado el pliego de papel después de que los compañeros encargados de buscar rastros, huellas y demás indicios invisibles a ojos

profanos en la rama científica de la policía, nos la hubiesen devuelto-. ¿Qué tontería es ésta?

Razón no le faltaba. La desaparición de Laura Arjona guardaba cierto paralelismo con la obra de *Murakami*. Un aura de surrealismo la envolvía, como el manto envuelve a una virgen durante una procesión. Nadie, que yo supiese, se tomaba la molestia de desaparecer sin más hasta que decide reaparecer como si nada. Era, cuanto menos, extraño por no decir ridículo, y nos gustase o no, no teníamos por donde afrontar el caso. Un móvil que había recibido un SMS desde una cabina telefónica, una joven desaparecida, una mujer que dejaba notas avisando de que la desaparición era voluntaria. Un verdadero galimatías, un delirio *kafkiano* en el que estábamos metidos hasta la médula; y lo que era peor, sin posibilidad de dar explicaciones ni a familiares ni amigos de la desaparecida.

Los días siguientes a aquella extraña *confidencia* resultaron tediosos. Cada intento por nuestra parte de dar un paso en cualquier dirección en el complejo-Laura-Arjona, resultaba absurdo. Tan pronto creíamos haber abierto una puerta, descubríamos que al otro lado había un grueso muro de hormigón que obstaculizaba nuestro avance.

Por si fuera poco, por aquellas fechas comenzamos a recibir unos extraños anónimos. Digo extraños porque salvo la dirección de la comisaría, no había nada más escrito. Simples folios de color crema doblados y metidos en un sobre blanco. Una dirección, un sello y un matasellos del servicio postal; nada más. No sabíamos por qué, pero este hecho nos hacía pensar una y otra vez en la extraña mujer con que nos citamos en la cafetería del campus en que estudiaba la desaparecida. Parecía como si ambas, en un brote de humor estúpido y macabro se divirtiesen a nuestra costa haciéndonos perder el tiempo buscando a la primera, y tratando de llamar nuestra atención la segunda. No obstante, nosotros éramos policías y nuestra obligación era continuar trabajando en un intento de esclarecer qué había sido de Laura Arjona, dónde estaba, y por qué.

Hacía meses que la investigación estaba parada en el mismo punto, en el comienzo del caso. Nadie nos pudo decir nada que no supiéramos. Tratamos de encontrar a la misteriosa mujer que nos había dado la extraña nota sobre el paradero de la desconocida, pero no sirvió para mucho. Muchachas morenas, con el pelo liso. Altas y delgadas. Había demasiadas en el campus. No podíamos estrechar los márgenes de búsqueda de ninguna manera. No teníamos nada que nos permitiese decir *es ella*. La nota se imprimió en la facultad, eso sí, pero la sala de ordenadores era de acceso libre y cualquiera podía haberlo hecho. Otro callejón sin salida en el que nos encontramos en nuestra investigación.

Intentamos todo cuanto estaba a nuestro alcance. Montamos pequeños dispositivos para peinar el campus buscando cualquier pista sobre la desaparecida o su *ángel protector*, como solíamos llamar a nuestra única *confidente*, pero todo resultó en balde. Era descorazonador, pero el caso estaba camino de acabar en una carpeta azul de solapas con la etiqueta de *caso sin resolver*.

De hecho, ya nos habíamos olvidado por completo del caso cuando éste se solucionó por sí mismo. Un día a media mañana, una muchacha morena, de pelo liso. Alta y delgada que vestía una falda vaquera, medias verdes y botas de agua rojas con un jersey del mismo color, entró en comisaría.

- Quiero hablar con los agentes que han seguido el caso de la desaparición de Laura Arjona- dijo a nuestros compañeros de recepción.

Cuando nos avisaron y salimos al hall, nos quedamos sin aliento. Era la misma mujer que nos había proporcionado la única nota que teníamos sobre el paradero de la desconocida, y que volviese a aparecer ante nosotros sólo podía significar dos cosas: que Laura Arjona seguía sin aparecer, o por el contrario, había aparecido pero no deseaba hacerlo público.

- ¿Qué se le ofrece señorita?- dije a modo de saludo al llegar a su altura.

- Nada. Simplemente quería darles las gracias por el esfuerzo que han realizado por encontrar a Laura Arjona- respondió sonriendo con timidez.

- Hemos hecho lo que hemos podido. Aún no sabemos nada de su paradero. ¿Podría proporcionarnos algún tipo de información?- inquirí dispuesto a memorizar cada una de las palabras que mi interlocutora dijese.

- No. Simplemente les diré que no hace falta que sigan buscando, porque yo soy Laura Arjona.

Me quedé petrificado. No sabía qué decir, ni qué hacer. Durante meses habíamos estado trabajando para nada. Aquella misteriosa mujer se había estado riendo de nosotros en nuestra propia cara, y lo que era peor aún ¿dónde se había metido? Tan pronto como había pronunciado su nombre, desapareció.

-¿Habéis visto por dónde se ha ido?- grité a mis compañeros.

Nadie respondió. Nadie había visto nada. Extrañado miré a mi alrededor y fue entonces cuando todo comenzó a cuadrar en mi cabeza. Era 28 de diciembre, y mis queridos compañeros me estaban gastando una de las inocentadas más crueles a las que me he enfrentado en mi vida. Durante meses lo habían elaborado todo con una precisión milimétrica, y ahora, al mismo tiempo en que la mismísima Laura Arjona me entregaba un ramo de flores con cara de no haber roto un plato en su vida, entre las carcajadas de mis compañeros de fondo, sólo pude exclamar:

-¡Cabrones!

VII CERTAMEN LITERARIO  
DE RELATO BREVE  
“ALONSO ZAMORA VICENTE”  
2011

Lendl

PREMIO MICRORRELATO

Adrián Blanco Ramos

Alumno del Grado en Periodismo  
Universidad Complutense de Madrid

Alumno del Grado en Estudios Ingleses  
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Las puertas del metro se cerraron y quedó inmersa en un nuevo universo. Otra vez aquel olor del que había escapado hacía ya mucho tiempo. Una base de humedad, unas cucharadas de esencia de combustión de hornillo deficiente. Abundantes puñados de aroma de tabaco, incluso algún cigarrillo sin terminar bien picado; y por supuesto tierra, cazos y cazos de tierra húmeda.

Recordó su niñez, su adolescencia. De lo que había huido y nunca más, hasta entonces, había vuelto a prestar atención. Había abandonado a su madre a escasos días de pasar por el quirófano para una intervención en la rodilla. No conocía qué había ocurrido con sus hermanos menores. Todo por aspirar a una vida mejor. El pesaroso entierro de su primera vida que llevó a cabo en su mente había merecido la pena. Para muestra su situación actual.

Observó el foco infeccioso que le había devuelto aquellos recuerdos. Era una mujer que apenas se tenía en pie del cansancio. Mantenía el equilibrio en cuclillas. Nadie se había levantado para cederle el asiento. La incomodidad que sentía duró apenas un par de estaciones hasta que la mujer se bajó del vagón. Dejando un hedor a recuerdos, arrastrando una terrible cojera.

VII CERTAMEN LITERARIO  
DE RELATO BREVE  
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

2011

Un camino con numerosas  
bifurcaciones

PREMIO MICRORRELATO PREUNIVERSITARIO

Silvia Ramos Bellot  
Colegio Virgen de Mirasierra (Madrid)

Veó cómo caen las hojas desde las copas de los árboles, cómo flotan en el aire; parecen bailarinas ingravidas. Finalmente veo cómo tocan el suelo con suavidad, con delicadeza, formando una alfombra de tonos ocres y marrones en torno al huesudo tronco del árbol, cada vez más desnudo. Es un espectáculo bellissimo, pero aterrador. Cada hoja que cae me recuerda que el tiempo pasa, que cada vez estoy un paso más cerca de una gran elección, de muchas, en realidad. También me recuerdan que el reloj no se detiene y que cada vez tengo menos horas para repasar el examen de Física de mañana.

Abstraída en mis pensamientos, apenas me he dado cuenta del borrón de tinta que ha dejado el bolígrafo al estar apoyado en la hoja de mis apuntes durante tanto tiempo.

Estudio ciencias en un colegio de Madrid, en el que entré cuando tenía tan sólo tres años. Trece años después de aquel primer día, en que me preocupaba hacer o no amigos, hay algo que me atormenta: “La elección de estudios universitarios”. No sé qué estudiar, o qué elegir. Me da miedo hacer una elección equivocada, porque el tiempo pasa inevitablemente rápido y no puedo perderlo pensando tanto...

Empiezo a angustiarme de nuevo y no puedo evitar mirar por la ventana otra vez, mirar el árbol que cada vez tiene menos hojas.

Cierro la persiana. Debo centrarme en el presente, para poder elegir un futuro libremente.

Aunque, a veces, la libertad es algo para lo que no estamos preparados.



**Nebrija**  
*Fundación*